

INTRODUCCION

La primera parte de este trabajo analizaba la variedad de los sistemas agrarios tradicionales. Proporcionaba un punto de partida del que muchos términos se han vuelto caducos tras un cuarto de siglo de evoluciones rápidas. La segunda pretendía, por el contrario, definir los mecanismos generales de una transformación reciente e identificar el sentido global del desenlace. Dejaba voluntariamente en la sombra el examen de situaciones concretas infinitamente matizadas. Corresponde pues a una última parte producir los elementos de una síntesis.

1. La idea simple de *un divorcio radical y definitivo entre las zonas litorales y el interior* se impone de entrada. Las consideraciones generales del capítulo precedente lo dejaban ya claramente presentir. La tendencia, por otra parte, no es nueva: se asiste desde hace cerca de un siglo al desplazamiento progresivo de las fuerzas vivas hacia la costa. No obstante, la historia reciente la ha precipitado brutalmente hasta transformarla en un corte tan profundo que aparece de ahora en adelante como la articulación mayor de la nueva geografía regional.

Esta división fundamental se afirma de entrada como un fenómeno cuantitativo de primera importancia si, olvidando las anomalías locales, se consideran los hechos a la escala de los grandes conjuntos territoriales. Así, la observación de las curvas demográficas relativas a ambos dominios revela sin ambigüedad una discrepancia que no cesa de acentuarse desde principios de siglo. Primeramente reducida a modestas proporciones durante medio siglo, la divergencia ha dado lugar desde 1950 a una verdadera ruptura que confirma desde ahora la existencia de un enorme foso entre las zonas costeras y el interior.

Esta reposa, en definitiva, en la extrema desigualdad de las potencialidades naturales que regulan de manera más o menos

rigurosa las posibilidades del progreso agrícola. Se dice en efecto que el pequeño cultivo de estas regiones no tiene oportunidades de sobrevivir sino al precio de un incremento considerable de la aproductividad, estrechamente determinado hoy por aptitudes climáticas excepcionales. Por ello, la pobreza física del interior se vuelve auténtica limitación en la ausencia de ventajas térmicas suficientes, mientras los privilegios del litoral adquieran un valor que le aseguran oportunidades específicas de éxito.

2. No obstante, tal oposición —con seguridad esencial— no está en todas partes igualmente marcada. La organización regional como estructura dualista no está conseguida en todos los sitios, o no se realiza plenamente más que alrededor de algunos focos particularmente activos, los únicos capaces de captar y de concentrar el flujo de los hombres del interior. En otras palabras, el litoral no resulta uniformemente atractivo, «polarizante», ni el interior igualmente «polarizado». Al esquema simple de los dos grandes conjuntos debe pues ser sustituida la jerarquía más compleja de toda una gama de situaciones intermedias —focos atractivos, mayores o menores, zonas circundantes «polarizadas», campos profundos indiferentes— cuya distribución está aún mal ordenada. En el detalle, la geografía actual permanece pues muy matizada, yuxtapone territorios rigurosamente organizados alrededor de centros vivos junto con áreas todavía vastas literalmente desorganizadas por la crisis, que nada aún viene a estructurar. El conjunto puede finalmente parecer un tanto incoherente. Se evoca *una especie de explosión de la región*. ¿Situación provisional que desaparecerá con la generalización del desarrollo litoral o estado duradero, incluso definitivo, que consagraría entonces la desaparición de la Andalucía mediterránea como entidad regional? La cuestión es decisiva para el porvenir. Ella debe por tanto ser formulada incluso si hoy no podemos encontrar respuestas más que hipotéticas.